

ROLANDO SÁNCHEZ MEJÍAS

La condición totalitaria



Edición: Javier L. Mora
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: Diseño del panóptico
de Jeremy Bentham, siglo XVIII
© Rolando Sánchez Mejías, 2020
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2020

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones
que establece la ley, queda rigurosamente prohibida,
sin la autorización escrita del autor o de la editorial,
la reproducción total o parcial de esta obra por ningún
medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo
fotocopias o distribución en Internet.

PRELIMINAR

1

El presente libro, aunque el título pueda llevar a tal expectativa, no es una teoría o una historia del totalitarismo en Cuba.

No soy estudioso de problemas históricos ni literarios en profundidad, y si me acerco a ellos es con cierta libertad que me depara (y utilizo el término con total modestia) un tipo de “ensayo” que, en mi caso, no es aseveración de verdades y estilo limítrofe con el académico, sino más bien un entrelazamiento de ideas, experiencias, vivencias, ocurrencias y testimonios, y un torpe acercamiento (digamos que) “metafísico” —como titubeo en la oscuridad, alejándome en lo posible de las “cosas”—, pues creo que ni siquiera la filosofía está libre de examinar y dictaminar con rigor la condición de lo totalitario.

2

Yo creo en la existencia del totalitarismo en Cuba. He comparado con mis pobres medios qué características de otros sistemas totalitarios en el orden histórico nos son similares, y es abrumadora la coincidencia o similitud con lo ocurrido en la isla. Sin embargo, me bastan los 36 años que viví allí como para que a la hora de definir a la llamada Revolución cubana, el proceso revolucionario y expresiones más o menos

similares, no dude de que aquello era y es, sencilla y nominalmente, un sistema totalitario.

Y ello, si lo totalitario es, ante todo, la abolición de la libertad individual y social; la creación y consolidación de un aparato represivo policíaco, omnisciente y depredador; la eliminación, en nombre de la Utopía, de una economía que sostenga a la libertad individual como uno de los ejes de las libertades, y que preserve de las hambrunas o la miseria sostenida; la vigilancia instituida desde el Estado y la propia sociedad, donde los semejantes vigilan a sus semejantes; la desaparición de la tríada democrática Parlamento-Poder Legislativo-Poder Ejecutivo, y de lo que modernamente se entiende como Sociedad Civil (agrupaciones que contrarresten la Sociedad Política); la instauración de una Ideología que subsume cualquier otro lenguaje social o personal en cualquier ámbito de la vida, sustituyéndolos por una retórica variable y falaz. Y, en la cúspide de todas estas características, la persistencia en un tiempo brutalmente extenso de un Gran Líder y una casta parásita más o menos incondicional.

Sin embargo, lo más peligroso del totalitarismo —además de lo ya enunciado— es su erigirse como simulacro del Tiempo mismo: relanzar el tiempo presente hacia una cronología de aspecto teológico, mítico o místico. Lo cual entraña, para los que lo viven, algo más que una enfermedad psicológica, el “principio esperanza” trocado en el vacío perpetuo.

Pero lo anterior ya es harto conocido, de manera que mi intención no es ahondar en tales conceptos, pues tampoco me siento preparado para tan colosal tarea...

Hace muchos años escribí un libro acerca de Cuba. Era uno de esos libros en los que uno se plantea su escritura desde la ficción, entreverada de recuerdos, fragmentos intempestivos de “ensayos”, fotos, anécdotas, leves testimonios...

El libro se extravió. Sin embargo, sentí cierta alegría por su pérdida: aunque no estaba mal escrito, no experimenté ese género de tristeza que solemos sentir los escritores cuando perdemos uno, pues me hizo cavilar que quizás aquel libro estaba sustituyendo otra manera de ver las cosas, que ya había ido surgiendo en sus páginas finales. Entre ellas, la idea de repensar lo totalitario —sin abandonar mi estilo de “pensar” tales aspectos, ligado a las ideas y simulacros de intuición, y a la escritura como eje cohesionador o, más bien, propulsor—, y proseguir la poesía y la ficción como géneros definidos, sin las amalgamas que, al término de aquel libro, me suscitaron *demasiado* placer.

Porque de algún modo el libro perdido, mancomunando diversos estilos (o peor: aproximaciones a un totalitarismo de “andar por casa”, como si aquello fuera más o menos divertido), me suscitó una complacencia que mi escritura miraba con suspicacia: soy un escritor que depende desgraciadamente de alguna dinámica de la escritura —inspiración, meditación, velocidad o ralentización de las palabras; coincidencia (por sorpresa) de estilos diversos, aunque no desmembramiento—, y esa dinámica casi siempre es mi apoyo para discriminar verdad y mentira.

Y se extravió el susodicho libro un buen día (o una buena noche), seguramente robado por *cierto* agente de la Seguridad del Estado. (Creo que le decían “el

Gato Montés”, por su pericia en escalar pisos y hacerse de los libros que tenían descontento a un escritor).

La otra versión es que lo arrojé al final de la Rambla de Canaletas, al mar, más allá de donde la estatua de Colón señala hacia América, y luego, sentados en unos escalones, tuve que explicarle a un catalán semi-borracho por qué uno echa sus libros al mar. Me dijo: Que lances a una mujer al agua lo entiendo, pero un libro es cosa más íntima que una mujer. (Su mujer lo había expulsado de casa).

4

La pregunta o disquisición por el totalitarismo creo que surgió en mí antes de preguntarme qué era *ser* revolucionario. Generalmente, la duda surge al revés. En primer lugar, porque el vocablo *totalitarismo* apenas ha sido utilizado en Cuba, y si ahora se usa, es solo por cierto estamento culto, donde ha empezado, por suerte, a ponerse de moda.

Y sin embargo es ahora que echo en falta un análisis concienzudo de *qué es ser revolucionario*, pues en el revolucionario —un nihilista cuyos valores se sostienen en la violencia, una didáctica persuasiva y la idea fija de una misión en la Historia—, la *voluntad personal*, engendrada por una didáctica de la historia y la psicología, no carecen totalmente de moral.

Hablo de moral, en este caso —y no me refiero a la de cualquier revolucionario puesto que la inmensa mayoría de ellos son solo fantoches—, no como “pureza” o entereza sino como una trágica disolución del cuerpo en el alma (apoyándome en una metáfora teológica), o como una espiritualidad cercana al Kirillov de *Los endemoniados* de Dostoyevski, cuyo fin era

darse un tiro en la cabeza. (Acto que, por cierto, realiza finalmente en la oscuridad de una casa luego de una persecución tragicómica —aunque fantasmal—, empujado por el extravagante líder de una secta presuntamente política, un bufón que solo puede alegrarse del acto de Kirílov con aquello de “¡Al fin lo ha hecho!”).

Pues no siempre el totalitarismo ha partido de la *fuerza violenta* de los revolucionarios. En cualquier caso, si ha sido propulsado por revolucionarios —aunque los burgueses, convertidos luego en revolucionarios, son más proclives a ello—, apenas se habían formulado el totalitarismo como sostén de su mundo a crear, al menos al principio.

El revolucionario por lo general es *táctico*. Pero su “táctica” o preservación de un nihilismo personal, se va diluyendo en una amplitud desconocida para él —a no ser de raigambre comunista—, y desaparece en el mar de la totalidad. Su moral o pulsión de violencia redentora, y su nihilismo, se trastocan en valores donde a la Gran Farsa del totalitarismo no le tiembla el pulso al prescindir de aquellos que aún creen que son revolucionarios. Por otro lado, tanto el revolucionario como el totalitarismo clasifican en la misma demencia: ambos necesitan abrazarse.

Que el totalitarismo instaurado ya no necesite del revolucionario —aunque sí de una retórica ideológica “revolucionaria”—, fue una traición a aquellos primeros hombres. Pero si el hombre *debía* desaparecer, *desaparecería* —unas veces por ser “enemigo” del pueblo, otras porque ya el revolucionario se había retrasado de la Historia y, en ocasiones, por haber sido utilizado por una burguesía más ilustrada, es decir, más “estratégica” que “táctica”—, pues más que

revolucionarios (esos seres de moral y nihilismo díscolo) el totalitarismo necesita de “hombres nuevos”.

Y mientras se edifica al homúnculo futurista, el presente (presumiendo su imaginaria existencia) no sería gestado por revolucionarios ni habitado por ellos sino por castas, o por una población vaciada de contenido.

5

Un paréntesis: si a estas alturas se me pidiese que comparara mi actitud ante el ensayo con los demás géneros que practico, debo decir que aquí, como en la narrativa y la poesía, operan casi los mismos resortes o fuentes *formales* y de *inspiración* —que no sé si radican en una inevitable estructura mental—, que pueden definirse (y me estoy arriesgando a ofrecer una definición falaz) como una dinámica del *deseo de pensar a través de la literatura*, junto a elementos de sorpresa que dislocan o (eso me parece) contribuyen a lo que intuyo por *pensar a través de la literatura*, algo que corresponde más bien a la imaginación y no a la lógica.

El surgimiento “sorpresivo” de un elemento algo esperpéntico —suavemente expresionista o enfáticamente irónico, o paradójico, o con un aura de “comicidad”— mientras he estado abocado a una voluntad de lógica estilística; o un desvío sencillamente gramatical o de vocabulario, casi nunca he podido evitarlo, moderarlo o transformarlo, aunque es posible que lo haya conseguido en ocasiones.

No creo que tales atributos sean dotes en sí: son, más bien, mis límites y limitaciones. Hablo de ello para que los lectores del presente libro sientan cierta

conniseración con el autor textual, si bien es cierto que no hay nada que hacer si se comportan (como es lógico) como lectores de dura materia, poco dados a ser conniserativos con falaces veleidades...

6

Los dos primeros textos de este libro, “La condición totalitaria” y “El libro en los sistemas totalitarios”, tal vez son los que más se acercan a cierta ilación demostrativa del ensayo, con cierto aire de lógica en la exposición de las ideas. Pero incluso en ambos textos, de pronto la “lógica” asume un senderillo imprevisto.

En otros trabajos —más libertarios genéricamente en lo literario—, amago reflexionar, a la vez, sobre la literatura y su connivencia o no con el totalitarismo, acercándome a ciertos escritores que escribieron buena parte de su obra bajo tales restricciones, como el caso de Virgilio Piñera en “El arte de graznar”.

En textos de este tipo prepondera la atmósfera del “ensayo”, pero la ficción, y cierto énfasis en la escritura, difuminan el género, lo trastocan, aunque finalmente las “ideas” logran abrirse paso, a su manera...

En cuanto a “Olvidar Orígenes”, escrito y leído en La Habana en 1994, originó, para mi sorpresa, en el aparato estatal y cultural, y en el propio gremio literario, una interpretación o suspicacia política desmedida, una “mala lectura”. Pero un examen cuidadoso de “Olvidar Orígenes” debe dar al traste con la idea de que fue y es un texto totalmente en contra de la literatura de José Lezama Lima, su barroco, la importancia y calidad del grupo, y su consecuente relevo por una *nueva escritura*. Ciertamente es una toma de posición crítica frente a *determinadas* ideas que Lezama y el

grupo Orígenes elevaban a categoría ontológica nacional. Pero también es cierto que fue escrito en un contexto político-literario que no debe ser separado de su escritura entre el libelo, el ensayo y la toma de posición de una literatura emergente que veía en Orígenes su raíz y, a la vez, su impedimento.

En cualquier caso, y en términos de política cultural, un nuevo posicionamiento literario que entrañara lo mismo una revisión de la tradición nacional como la apertura de la escritura cubana a límites que creíamos “novedosos”,¹ fue visto como una verdadera amenaza por las instancias del poder, lo cual, además, cortó de golpe la posibilidad de entrecruzar nuestras lecturas de los recursos posmodernos con las vanguardias europeas y latinoamericanas de principios del siglo xx.²

7

Hay algunos textos de este libro que yo colocaría vecinos al ensayo como *polemos* o como libelo, en

¹ Me refiero a la recuperación de un espíritu de lo “moderno” en literaturas que habían sido dejadas al margen en Cuba, y que ya eran cosa del pasado en la arena internacional: algunos aspectos de las figuras de Faulkner y Hemingway, Wallace Stevens y William Carlos Williams, por ejemplo, sin mencionar el modernismo de raíz centroeuropea, la filosofía contemporánea con el rescate de Freud (poco leído en Cuba incluso antes de 1959), Wittgenstein y otros, y la asunción consciente de la influencia de diversas vanguardias latinoamericanas que, según nuestra opinión, no gozaban de la importancia que merecían. Y de la segunda parte del siglo xx —cuando el totalitarismo se instauró con fuerza—, determinadas influencias del posmodernismo.

² En verdad, y aunque no siempre, las teorías filosóficas llamadas posmodernas y su práctica de la ficción y la poesía, eran para nosotros procesos vanguardistas que entroncaban con pensadores como Nietzsche, por ejemplo. Sin embargo, el poder político veía cierta amenaza en una corriente que reexaminaba al propio poder y sus consecuencias socioculturales.

conjunción con el ensayo “declamatorio” (como en el caso de “Olvidar Orígenes”), pues fueron escritos bajo la presión de circunstancias vitales, literarias y políticas, en las que me parecía conveniente la polémica inmediata. (Aunque debo decir que la inmediatez, en tales casos, no es simplemente ocasional: creo que la mayor parte de lo que he escrito, aún cuando parezca espontáneo, es resultado de asimilaciones y meditaciones no tan rápidas...).

También hay aquí la confrontación abierta o solapada en textos como “La reunión” (que en su *forma* asume la parodia del teatro, o la transcripción de una grabación), y el prólogo a una antología de poetas cubanos que publiqué en 1995 (*Dossier. 26 nuevos poetas cubanos. Mapa imaginario*), cuya división tripartita, además de la definición de las nuevas poéticas que habían surgido en el panorama —donde con total intención coloqué en su último “compartimento” a los poetas de Diáspora(s), que creíamos, ingenuamente o no, haber iniciado una escritura que retomaba motivos de las vanguardias latinoamericanas del siglo xx y del posmodernismo y su dinámica—, era también una toma de posición del grupo Diáspora(s).

Esa antología tenía, entre otros, el objetivo de suscitar el *polemos*, la puesta en duda y la beligerancia en un medio poco dado a debates alrededor de tales temas, y no solo el rumor, la rápida conversación o la censura expresa o solapada que eran los medios esenciales con que el gremio poético e institucional dirimía sus diferencias.

(Además, ya el panorama cubano estaba inundado de antologías y selecciones de poetas que, en mi opinión, no suscitaban ni curiosidad ni polémica y, si lo hacían, me parecían programáticas de ideas y

clasificaciones creadoras de un canon gremial en su peor sentido, con concepciones de la poesía y la literatura jamás en fricción con aquello que los regímenes totalitarios denominan Política Cultural).

Finalmente, incluyo mi diálogo de 1990 con el poeta y ensayista cubano Cintio Vitier —principal “ideólogo” de Orígenes—, pues no fue en realidad una entrevista en sí, sino más bien una “conversación” alrededor de ideas literarias que, como fue realizada varios años antes de que yo leyese “Olvidar Orígenes”, y de que se radicalizara literaria y políticamente mi persona como escritor, me pareció curioso colocarla. En ella se entrevistó ya un leve enfrentamiento con las ideas de Orígenes, en este caso con el eje visible de Vitier, cuyos pensamientos amurallaban la literatura origenista. (La mente de Lezama, en cambio, pensaba desde cierta oscuridad. No era, como Vitier, un hombre “público”, pero sus ensayos y notas sí fueron para mi generación —surgida aproximadamente en 1985— uno de los grandes puntos de partida de nuestra literatura).

8

Un aspecto final: decidí no colocar aquí ciertos ensayos que no se dirigen directa o tangencialmente a lo “cubano” como política y literatura.

Por la naturaleza y longitud de esos otros trabajos —que publicaré en otro libro, con temas menos sujetos a esta noción—, he preferido crearles límites a ambos volúmenes.

R. S. M.

ÍNDICE

Preliminar / 7

I

La condición totalitaria / 19

El libro en los sistemas totalitarios / 92

Lo más verosímil es que se trate de una enfermedad
aunque... / 110

Lontananza / 129

II

El escritor moderno / 141

Exilios, paisajes lunares / 147

Olvidar Orígenes / 155

El arte de graznar / 163

Artaud en La Habana / 182

Ritmo hesicástico, podemos empezar / 202

Descoordinadas alrededor de Lezama / 208

Nacido así / 213

Visibilia de visionarios / 217

III

Presentación [Revista *Diáspora(s). Documentos*] / 225

Prólogo [*Dossier. 26 nuevos poetas cubanos. Mapa
imaginario*] / 229

Respuestas y silencios / 240

La reunión / 279